



Claire Messud  
**Esta extraña  
y azarosa historia**

Traducción del inglés de Patricia Antón de Vez

Galaxia Gutenberg

CLAIRE MESSUD

# Esta extraña y azarosa historia

Traducción de Patricia Antón de Vez

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,  
**Premio Todos Tus Libros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,**  
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios  
y Asociaciones de Libreros).

Título de la edición original: *This Strange Eventful History*  
Traducción del inglés: Patricia Antón de Vez Ayala-Duarte

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2025

© Claire Messud, 2025  
Reservados todos los derechos  
© de la traducción: Patricia Antón, 2025  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl.  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B 95-2025  
ISBN: 978-84-10317-48-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización  
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear  
fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para mi familia*

Y cada hombre en su tiempo interpreta  
muchos papeles,  
y sus actos corresponden a siete edades.

WILLIAM SHAKESPEARE,  
*Como gustéis*

Su vida, en la que no pasó nada, absolutamente nada. No se embarcó en ninguna aventura, no participó en ninguna guerra. Nunca estuvo en la cárcel, nunca mató a nadie. No ganó ni perdió una fortuna. Cuanto hizo fue vivir en este siglo. Pero con eso bastó para proporcionarle a su vida una dimensión, tanto en lo tocante al sentimiento como al pensamiento.

ELIAS CANETTI,  
*Hampstead. Apuntes rescatados*





## Prólogo

Soy escritora: cuento historias. Por supuesto, lo que quisiera hacer en realidad es salvar vidas. O, simple y llanamente, quiero preservar la vida.

Siete años, dijo la vidente aquella tarde de verano de hace ya tanto tiempo; siete años en el Valle de las Sombras. La luz solar que entraba por la ventana detrás de su cabeza le transformaba los rizos cobrizos en una aureola dorada. Estábamos sentadas frente a una mesa de juego en el saloncito de su coqueta casa típica de Nueva Inglaterra, de esas con dos plantas por delante y solo una por detrás, en uno de los pueblos de veraneantes de la costa. Como la mayoría de sus clientes, yo estaba de paso. Pese a que le había dicho que era escritora, ella insistía en que era curandera; una vez que lo dijo, deseé que fuera cierto, o más bien comprendí que siempre había deseado que fuera cierto, pese a que nos digan que la poesía no hace que ocurran cosas. Mi deseo, tan antiguo como la humanidad misma, era dotar de significado a las palabras.

Un viaje de siete años a la sombra de la Muerte, pues en el momento en que me hizo esa profecía ya me encontraba casi a la mitad de la misma, si contaba desde el viaje familiar a la casa de mis difuntos abuelos en Tolón, Francia, para celebrar el setenta y cinco cumpleaños de mi padre: una empresa, según se dijo, de dimensiones colosales en cuanto a su administración, una reunión que era también una suerte de desciframiento; con mi padre al borde del desplome físico, mi madre demacrada y en plena confusión mental, mi tía danzando en círculos

cada vez más pequeños en torno a su botella de whisky, nuestros hijos, aún pequeños, haciendo travesuras bajo el sol mediterráneo. Pero el recuento podría haber empezado antes: desde el momento en que mi madre ya no era capaz de preparar una comida completa; o el momento, muy anterior, en que ya no podía llevar la cuenta de los cumpleaños de los niños; o, antes incluso, cuando no era capaz, ni siquiera durante una hora, de ocuparse de los propios niños... Pero si empiezo por el final y cuento hacia atrás (considerando ese final la última muerte, la de mi tía, que le pisó los talones a la de mi madre, ambas ocurridas no mucho después de la de mi padre), entonces la vidente de Cape Cod en efecto sostuvo mi mano temblorosa entre las suyas justo a medio camino.

Soy escritora; cuento historias. Quiero contar las historias de sus vidas. En realidad, no importa por dónde empiece, pues siempre ocupamos ese punto medio: estemos donde estemos, solo tenemos una visión parcial. También sé que todo está conectado, que las constelaciones de nuestras vidas se mueven juntas en armonía y discordia. El pasado se arremolina con el presente y dentro de él, y todo el tiempo existe a la vez a nuestro alrededor. El flujo y el reflujo, las armonías y las disonancias: la música sucede, la describamos o no. Una historia no es una línea; es algo más rico, que gira y forma remolinos, que sube y baja, que se repite sobre sí misma.

Y así, esta historia, la de mi familia, tiene muchos comienzos posibles, o ninguno: Mare Nostrum, Saint Augustine, Abd al-Qádir, Charles de Gaulle, mis abuelos, Larbaâ, mi padre, mi tía, Zohra Drif, mi madre, Albert Camus, Toronto, Cambridge, Tolón, Tremecén, oh, Tremecén: todos y cada uno forman parte del intrincado y vasto entramado. Cualquier versión es solo parcial.

O podría empezar por mi nacimiento, o el de mi padre o el de su padre, o el de mi madre o mi abuela. Podría empezar por los secretos y la vergüenza, la inenarrable vergüenza que de-searía por fin sanar al contar esta historia; la vergüenza de la

historia familiar, de la historia en la que nacimos. (¿Cómo olvidar que, tras asistir al nacimiento de su primer nieto, mi padre, ya anciano para entonces, tropezó con el bordillo de la acera y cayó en la calle, como una montaña volcada, y mientras yacía con el blanco plumón de su cabeza casi calva en la mugre de la alcantarilla, no murmuró «Ayudadme» sino «Lo siento, lo siento, lo siento»?) Podría empezar, por supuesto, por la soledad.

O podría empezar por el hecho de que el propietario de la pizzería de nuestro barrio y antiguo vecino de al lado es un argelino cuyo apellido es también el nombre de la provinciana ciudad argelina de sus antepasados, la misma población donde mi abuela *pied-noir* fue maestra de joven en la escuela de niñas, durante los años anteriores a su boda, que en su caso fueron muchos, puesto que no se casó hasta los treinta y pico, una edad a la que, en aquellos tiempos, las mujeres ya no se consideraban casaderas. Incluso es posible que hubiera dado clases a la abuela o la bisabuela de mi vecino. O podría empezar por el hecho de que entre los queridos amigos libaneses de mi abuelo de cuando estuvo destinado en Beirut, antes de la guerra, se encuentra el tío abuelo de una buena amiga mía en esta vida americana de casi un siglo después, cuya hija jugó con nuestro hijo desde que eran chiquitines mofletudos. O podría empezar por los ángeles que aparecieron en el último viaje de mi padre hacia la muerte, los testigos de sus muchas vidas que, como centinelas y guías apostados a lo largo de ese camino definitivo, conducirían a quien había quedado desamparado hacia su eterna morada.

No importa tanto dónde empiece esta historia como que tenga un comienzo. Y si más que seguir una línea o un hilo se expande de manera infinita, como he llegado a comprender, el punto donde sea que empiece no es más que eso: no es el principio, sino un simple momento, una forma de suceder, una vía de entrada...

## Primera parte

Junio de 1940

## Larbaâ, Argelia

Cuando François se puso a escribirle una carta a su padre, que estaba lejos, decidió hacerlo con mayúsculas en lugar de en letra cursiva; por si acaso papá no se había enterado de la noticia (al fin y al cabo estaba en Grecia y no en Francia), se la contaría él. Escribió con mucho cuidado y en mayúsculas: «LOS ALEMANES HAN CRUZADO LAS PUERTAS DE PARÍS. ESTA ES LA NOTICIA CON LA QUE MAMAN ME HA DESPERTADO ESTA MAÑANA».

François sabía que París era el corazón de su gloriosa nación, aunque, por supuesto, nunca había estado allí. Aún no tenía ni nueve años y había regresado recientemente con su madre, su tía Tata Jeanne y su hermana pequeña, Denise, a quien llamaban Poupette, de Salónica, donde su padre era agregado naval en el consulado francés, para alojarse con el clan familiar en Argelia, el lugar al que sus padres llamaban «hogar». El niño había visto fotos de París (los Campos Elíseos, la Torre Eiffel, Notre Dame) y, cuando *maman* habló de las «puertas» de la ciudad, se imaginó el Arco de Triunfo. Pero entonces se le ocurrió que en ese caso sería un arco de la derrota; o, mejor dicho, un arco del triunfo de Hitler, lo cual era muy malo, malísimo. No dibujaría el Arco de Triunfo en la carta para papá, porque eso los pondría tristes a todos, incluido papá. Y *maman* había dicho que todos debían mostrarse siempre contentos ante papá, tenían que ser *la famille du sourire*, porque él estaría preocupadísimo por ellos, tan lejos, sobre todo cuando, a causa de la guerra, no podían ponerse en

contacto con él por teléfono o telegrama. Necesitaba saber que les iba muy bien, que le mandaban todo su cariño y besos y fotografías. *Maman* le había pedido a Tata Paulette, la mujer del hermano de papá, que les tomara una foto, de ella misma con Poupette y François, para enviársela a papá. En una versión todos aparecían serios y en otra sonreían y ponían carotas, pero en ambas imágenes las orejas de soplillo de François sobresalían como asas de jarra y eso lo avergonzaba.

¿No debería escribir sobre los alemanes? No era una noticia alegre, propia de *la famille du sourire*; pero era verdad, ¿no?, y ¿acaso no era eso lo más importante? Nunca mientas, le habían inculcado siempre. Pero ¿y si *la famille du sourire* no fuera feliz en realidad? ¿Y si mamá estaba enferma y siempre cansada y no parecían tener un lugar donde vivir en ninguna parte y no tenían dinero ni a veces comida suficiente? ¿Debían acaso fingir ante papá que se estaba muy bien en Larbaâ y que lo pasaban en grande?

Antes de que se vieran obligados a irse, habían pasado casi un año viviendo en familia en Salónica; pero Francia estaba en peligro por el rápido avance de los alemanes a través de Europa, y cuando el padre los metió en el tren en Salónica, la Italia de Mussolini estaba a punto de entrar en la guerra en el bando nazi. Su tren tuvo que cruzar Italia (deprisa, deprisa, antes de que se convirtieran oficialmente en el enemigo) y luego viajaron a través de Francia hasta Marsella, donde abordaron el barco de vuelta a Argel.

«¡A casa!» Sus padres siempre habían hablado de lo mucho que amaban Argel, de hasta qué punto formaba parte de ellos, de cómo a él y Denise les encantaría también la ciudad más hermosa de la tierra, con sus relucientes edificios blancos elevándose en una media luna alrededor del resplandeciente Mediterráneo. Pero cuando llegaron allí, François apenas había reparado en qué aspecto tenía, solo en que hacía mucho calor. Ninguno de sus parientes quiso acogerlos, de modo que habían acabado a kilómetros de distancia, en la pequeña y polvo-

riente ciudad de Larbaâ, alojados en casa de Tata Baudry, que era tía de su padre o tía de su madre o quizá tía de su difunta abuela, pero sobre todo muy vieja. Por lo menos era amable.

En el dorso del papel, François dibujó para su padre la trinchera que habían cavado el día anterior en el jardín. No podía dibujar el barro, ni cómo había llovido durante la noche y llenado de agua el fondo de la zanja, así que la dibujó lisa y la coloreó mucho con lápiz marrón. Cuando la cavaron (*maman* y él, en realidad, porque Tata Baudry era demasiado mayor y Tata Jeanne estaba demasiado enferma y Poupette resultaba inútil, tan pequeña; y sobre todo él, por supuesto, porque a *maman* no tardó en darle uno de sus dolores de cabeza y tuvo que entrar a tumbarse), les había parecido enorme, lo bastante grande como para que todos pudieran esconderse en ella si venían los aviones. Pero a la mañana siguiente, después de la lluvia, parecía haberse encogido, y François comprobó que solo tenía una mínima parte del tamaño que les haría falta. Quizá sería demasiado pequeña incluso para Poupette y él. Se sintió abatido y enfadado; pero entonces *maman* le dijo que seguía siendo algo maravilloso, una buena contribución al esfuerzo de guerra, y que por favor se sentara a la mesa y le escribiera a papá para contárselo, porque papá, que estaba lejos de allí, en Salónica y defendiendo Francia, quería saberlo todo.

*Maman* hizo que Poupette se sentara con él y le dijo que escribiera algo también, una ridiculez porque apenas sabía escribir su propio nombre (además, ponía la mitad de las letras al revés) y, cómo no, acabaría haciendo un dibujo de los gatos, que ni siquiera eran de Tata Baudry; pertenecían a la señora de arriba, la de los enormes brazos blancos y gelatinosos que los regañaba a gritos por la ventana casi cada vez que jugaban en el jardín. Un gato era blanco y negro; el otro era pardo, con tonos difíciles de dibujar, y Poupette pintó a esa gata, *Nanette*, en color naranja. Eso estaba mal. François se limitó a señalarlo, y la niña se echó a llorar, con los ojos grandes como platos y las pestañas húmedas y pegajosas detrás de las gafas.

–Basta ya de lágrimas de cocodrilo –susurró él, pues no quería molestar a *maman*, que había vuelto a tumbarse en el dormitorio de Tata Baudry; pero con eso solo consiguió que Poupette empezara a gemir. De modo que, tratando de distraerla, añadió con su tono más dulce de hermano mayor–: ¿Sabías que *Nanette* tiene que ser una gata porque los gatos pardos son siempre hembras?

Poupette hizo ademán de estrujar el papel.

–Me has dicho que está mal. ¿Por qué no puede ser una gata naranja? Podría ser naranja.

François puso la palma de la mano sobre el garabato.

–Tu dibujo es precioso, a papá le encantará. No debemos despertar a mamá y no hay más papel, así que, por favor, no lo estropees. No querrás echar a perder tu regalo para papá, ¿verdad?

Poupette negó con la cabeza y se metió el pulgar mugriento en la boca. Con la otra mano se tocó la punta de la trenza rubia y luego la retorció lentamente, acariciando los mechones. Eso le reveló a su hermano que se había evitado la tormenta. Volvió a mirar su dibujo de la trinchera y soltó un suspiro: al igual que la zanja en sí le había parecido inadecuada bajo la luz de la mañana, ahora el dibujo semejava más una caja marrón que una trinchera. Se planteó si dibujar hierba alrededor, pero eso no sería del todo exacto, puesto que el jardín consistía sobre todo en tierra, tierra rojiza con algunos matojos, y en un bancal elevado en un rincón para hortalizas y al fondo, junto a la valla, el corral para las tres gallinas. No podía dibujar nada de eso, y menos en el mismo papel donde también estaba escribiendo su carta. Si dibujaba hierba, solo por mostrar que la trinchera era diferente de lo que la rodeaba, sería culpable de la misma falsedad que Poupette con su gata naranja.

¿Era necesario que papá lo supiera todo con exactitud? ¿Supondría una falta de honradez, una mentira, dibujar algo que no existía? Decidió dejar la trinchera tal cual en medio de la página y explicarla con palabras. «*Voilà* –escribió–, esta es

la trinchera que cavamos, sobre todo yo. Pero entonces empezó a llover y ahora todo está hecho un desastre. Es posible que no quepamos.» Hizo una pausa y chupó el bolígrafo. Su hermana se había bajado de la silla para encaramarse al sofá y acurrucarse con la cabeza apoyada en el costado de sarga negra de Tata Baudry, donde seguía chupándose el dedo y retorciéndose la trenza, pensativa. François advirtió que estaba molestando a Tata Baudry, que hasta entonces había estado tejiendo pero ya no podía hacerlo porque la aguja habría pinchado a Poupette; además, la cabeza de la niña era un peso sobre el brazo de Tata Baudry.

François tenía hambre. Sabía que en la panera aún estaba el corrusco de la barra del almuerzo, y sabía exactamente cuánta miel quedaba en el tarro de la alacena. Pero aquello no era Salónica, ni Beirut, donde habían vivido durante años antes de Grecia, y donde estaban sus amigos y sus recuerdos felices. Allí, cuando volvía de la escuela cada día, el ama de llaves, Mónica, o la Tata Jeanne, la hermana inválida de su madre que vivía con ellos, untaban tostadas con mantequilla y mermelada para *goûter* y lo instaban a tomar otra si le apetecía, porque estaba en pleno crecimiento. Si cerraba los ojos, se imaginaba de regreso en la cocina de Beirut (era la ciudad de sus ensoñaciones, mucho más que Salónica) con Guy y Jérémmy, sus mejores amigos del colegio, poniéndose morados de comida y riendo, hablando sobre ir a nadar al club o quizá en su caso incluso presumiendo del campamento de verano en la montaña de las familias de los oficiales, donde podía despertarse al amanecer y contemplar desde la ventana el valle, la ciudad y el mar más allá, con la brisa fresca y seca besándole las mejillas y los antebrazos antes de que el sol se alzara ardiente en el cielo. Aquellos días de verano, tan largos y libres, con todos los niños de la Marina, que jugaban, exploraban, construían sus fuertes y escenificaban batallas, y hacían una pausa solo para comer, todos juntos, adultos y niños, sentados en largas mesas en el refectorio, atendidos por los marineros vestidos

de blanco, que llevaban en alto grandes bandejas redondas como si al servirles ejecutaran un baile elegante y coreografiado, con los anchos pantalones ondeando... y aquella limonada que tanto le gustaba, con la cantidad justa de azúcar y sin excesiva pulpa: en ningún otro lugar estaba tan buena. Se le hizo la boca agua al recordarlo; pero por supuesto, solo era un recuerdo. Aquí había limones, pero no azúcar, y la miel era demasiado valiosa, le explicó *maman*, para desperdiciarla en endulzar bebidas.

Con «aquí» se refería a Francia (a Argelia, por supuesto, pero Argelia también era Francia), y ese era por lo visto su hogar, donde se suponía que François debía sentirse feliz y seguro, o todo lo seguro que alguien pudiera sentirse en ese momento, decía *maman* aludiendo a la guerra como él bien sabía. Ese era el lugar al que pertenecía su familia, y de donde procedían desde hacía cien años, le contó *maman*, y su padre le había escrito una carta dirigida solo a él para decirle que confiaba de verdad en que le gustara Argel y se sintiera como en casa allí, porque era la cuna de la familia, la parte de Francia a la que pertenecían, que aún estaban construyendo y perfeccionando. De momento, François no había visto que tuviera una sola cosa buena.

Desde que habían dejado Salónica y a su padre, la vida no había consistido más que en esfuerzo y miedo y en tratar de fingir que no le importaba que así fuera, y en simular ante *maman* y Poupette que estaba bien, en serio. Se daba cuenta de que *maman* también fingía, y en ese caso ¿para qué fingían? Suponía que lo hacían por Poupette, tan miedosa y sensiblona que bastaba con mirarla con el ceño fruncido para que se echara a llorar; a veces, François no podía evitar hacerlo, aunque después se sentía culpable. Ojalá fuera más divertido jugar con ella; era demasiado pequeña, demasiado tímida, nunca se le ocurrían buenas ideas y, aunque casi siempre hacía lo que él dijera («Yo seré el general y tú mi soldado, ¿vale?»), no intentaba nada valiente o difícil, como subirse a un muro o a un ár-

bol o saltar desde ellos, o construir un fuerte dentro de casa sin usar otra cosa que cojines, y ahí, en casa de Tata Baudry, ni siquiera había sitio para hacer eso, ni suficientes cojines, ya puestos. Y el apartamento era muy pequeño, de solo dos habitaciones, y estaba lleno de cosas como cajas amontonadas y sillas rotas además de las sillas normales (había al menos tres sillas rotas, sin contar el sillón que había junto a la ventana y en el que si no tenías mucho cuidado atravesabas el asiento y te caías) y más mesas de lo razonable, como si aquello fuera un almacén y no un apartamento, y olía mal, a polvo y a señora vieja y un poco a pescado. *Maman* decía en susurros que estaba sucio y que debían limpiarlo de arriba abajo, pero cada vez que intentaba mover u ordenar o lavar algo, Tata Baudry agitaba los brazos enfundados en negro como si fueran alas y ella una gallina, y protestaba: «*Mais non, mais non...* ¡sois mis huéspedes!», lo que oficialmente significaba «Si os alojáis conmigo no deberíais trabajar», pero en realidad quería decir: «Por favor, dejad mis cosas en paz».

Sin embargo, el primer día, *maman* se había encerrado en el baño (un grifo de agua fría, un retrete a la turca, un suelo alicatado, una ventana sucia) y lo había limpiado a conciencia, de forma que a Poupette no le diera miedo entrar, por lo menos. Los espacios entre azulejos no habían quedado menos negros, pero las baldosas en sí se veían ahora bastante blancas y la habitación olía a lejía, y eso suponía una definitiva mejora.

Tata Baudry, que pronto cumpliría ochenta y cinco años, era muy menuda, no más alta que el propio François, y llevaba el pelo ralo y con vetas de gris recogido en un moño. Como no le quedaban muchos dientes y se ponía la dentadura postiza solo en ocasiones especiales, fruncía la boca con facilidad, haciendo que los labios desaparecieran y la barbilla se elevara hacia la nariz. Tenía la piel muy morena como la de un beduino y arrugada, y la artritis había vuelto nudosos y retorcidos sus dedos cortos como salchichas. Cuando se reía, en lugar de voz parecía tener tan solo un espacio oscuro en la gargan-

ta. Siempre iba de negro, con una falda larga y una blusa de mangas abullonadas y con los puños y el cuello de un marrón herrumbre por el paso del tiempo. Incluso cuando hacía mucho calor llevaba ese atuendo, o esos atuendos, que si eran múltiples parecían todos iguales. Sus pies, raramente visibles en las gastadas botas negras, eran diminutos, del tamaño de los de Poupette. Tata Baudry era como un hada o una bruja: un personaje de cuento. Era tan vieja que a François le costaba entenderlo: sin duda tenía que haberlo sido siempre. Hasta entonces había creído que Tata Jeanne, la hermana mayor de *maman*, era vieja, pero ahora en comparación con Tata Baudry le parecía casi una niña con su pelo abundante, las mejillas carnosas y la boca húmeda. Envejecer, había decidido François, equivalía a secarse, como las hojas en otoño o las flores prensadas en la Biblia de *maman*. Tata Baudry no tenía humedad alguna.

Larbaâ era aburrido y el pequeño apartamento lleno de cosas semejaba una jaula. No había escuela, ni pasatiempos, ni partidos de fútbol. A veces, Poupette y François se sentaban en los peldaños de la puerta trasera a organizar carreras de hormigas o escarabajos: él preparaba un recorrido con dos carriles a base de ramitas y guijarros y cada uno elegía un insecto y lo soltaba allí. Cuando iba a comprar al pueblo, veía niños de su edad, sobre todo indígenas, aunque últimamente también franceses como él y su hermana, pero recorrían las calles como si lo hicieran detrás de una pantalla y no tenía forma de hablarles o tocarlos. En un par de ocasiones algún niño le había devuelto la mirada, incluso una vez lo hizo una niña muy guapa con coletas castañas y un vestido de cuadros con un cuello azul a lo Peter Pan, pero daba la impresión de que a todos los niños, incluido él, los llevaran a rastras sus madres como perros con correa. Como si hubiera que estar en algún sitio. Como si hubiera algún sitio al que llegar, como si fueran a contaminarse unos a otros si se detenían a hablar.

Habían venido a Larbaâ por varias razones. Una de ellas era la angustia que provocaban los bombardeos en la ciudad: por eso cada día aparecían más madres y niños en la pequeña población, huyendo de la posibilidad de algo que aún no había sucedido. Los aviones italianos habían sobrevolado Argel, como si se dispusieran a atacar; pero ahora que Hitler estaba en París, quizá lo harían los británicos. *Maman* había explicado que los británicos, sus aliados durante todo ese tiempo, estarían ahora en el otro bando; para François, eso no tenía mucho sentido. Ella les dijo también que los alemanes seguían siendo el enemigo, y por supuesto que lo eran: los *boches* habían sido los villanos no solo en las clases de historia y en la vida real, sino en todos los juegos que François recordaba, excepto cuando él, Jérémy y Guy jugaban a indios y vaqueros, claro. No se podían cambiar los hechos así por las buenas. Los británicos eran muy pesados y a veces había que ponerlos en su sitio: no entendían de *liberté, égalité, fraternité* porque nunca habían tenido una revolución. Pero, en esencia, sabían de qué lado estaban, como lo expresaba papá, y distinguían el bien del mal. Entonces, ¿por qué iban a bombardear Argel? ¿Y cómo serían los bombardeos? Con su primo Jacky, François había jugado a los ataques aéreos: corrían abatiéndose en picado por el parque, describiendo grandes arcos, entre gritos de «ra-ta-ta-tá» imitando metralletas y chillidos que reproducían el silbido de las bombas al caer. Pero nunca habían oído una bomba de verdad. François sentía cierta curiosidad, aunque nunca lo habría reconocido, pues cuando alguien pronunciaba la palabra «bomba» delante de Poupette sus ojos se abrían como platos detrás de las gafas y empezaba a temblarle el labio. Parecía un flan.

Ellos también habían abandonado Argel, por supuesto, sobre todo porque no tenían dónde alojarse. No pareció que los esperara nadie cuando llegaron exhaustos al puerto, sin la maleta de Poupette, y desembarcaron del ferri, que se había movido tanto que François vomitó tres veces durante la travesía

nocturna. (Poupette había vomitado cinco.) Tenía un recuerdo muy borroso del viaje. Había pasado miedo en la estación de Milán, a su llegada de Salónica, porque advirtió que *maman* también estaba asustada y que incluso la adormilada e impasible Tata Jeanne se veía alerta y angustiada, en aquel lugar lleno de fascistas (que a simple vista parecían gente normal, no malvados), cuando el hombre de la taquilla le dijo que sus billetes no eran válidos, que no había más trenes a Francia y que la frontera estaba cerrada. El tipo soltó todo eso con una mirada burlona de desprecio triunfal. En cuanto a *maman*, su rostro lucía una expresión que François no le había visto nunca: la de un animal acorralado. Lo asustó y le hizo tomar la decisión de ser más fuerte, y la había cogido de la mano. Entonces un mozo flacucho se había acercado con su carrito y les había dicho algo en italiano, y cuando *maman* negó con la cabeza, continuó en susurros en un francés cantarín como el del hombre que hacía espaguetis en la cafetería italiana de Beirut. Cargó las maletas y las llevó en silencio a través de la multitud del cavernoso vestíbulo hasta uno de los andenes del fondo. No se separó de ellos hasta que estuvieron a salvo en su vagón, y sonrió y saludó a través de la ventanilla cuando se marchaba.

—No he podido darle ni un céntimo —se había lamentado *maman*—, porque aquí ahora está prohibido cambiar francos por liras.

François tenía mucha hambre pero no había dicho nada. Se estaba haciendo pis, pero no fue al baño hasta que el tren hubo emprendido la marcha, porque sabía que a *maman* la preocuparía que no estuviesen todos juntos. Había jugado a piedra, papel o tijera con Poupette y luego le leyó las *Fábulas* de La Fontaine hasta que la niña se quedó dormida y el pulgar se le escurrió entre saliva de la boca recién abierta. En Marsella, había ayudado llevando a Poupette a caballito hasta el taxi —la había dejado tirarle de las orejas para dirigirlo a derecha e izquierda y eso la hizo reír—, pero en el barullo de la acera, con

tanta gente buscando taxi y ellos procurando dar con uno grande para los cuatro más el equipaje, alguien había birlado la maleta de Poupette, algo que descubrieron casi de inmediato y que la hizo pasar de la risa a los sollozos: su muñeca favorita, Henriette, con cara y manos de porcelana, pelo de verdad y un vestido de damasco, iba en la maleta entre sus bragas y camisones, y el llanto pareció prolongarse durante horas.

Se alojaron los cuatro en una habitación del Select, con el retrete pasillo abajo. De nuevo François había tenido la inoportuna necesidad de orinar en plena noche y se había aventurado con valentía a salir de la habitación sin despertar a *maman*. Notaba ligeramente pegajosa la alfombra del pasillo bajo los pies descalzos y un aplique en la pared proyectaba una luz muy tenue y parpadeante. El corazón le retumbaba en el pecho, y más incluso cuando tiró de la cadena y el agua de la cisterna se vertió con un rugido. Había corrido a su habitación conteniendo el aliento ante posibles asesinos, monstruos y malos pensamientos. Y se había encontrado a *maman* y Tata Jeanne roncando con una cómica falta de sincronía y con Poupette acostada entre ellas en la cama grande (distinguía sus formas a la luz tenue y lechosa que entraba por la ventana abierta), había vuelto a tumbarse en el catre dispuesto para él en un rincón y había permanecido quieto, deseando que su corazón se apaciguara mientras el alba se extendía por la habitación. Gran parte de su coraje era invisible para el mundo; cada día estaba lleno de coraje.

Una vez en Argel, donde nadie los recibió en la estación pese al telegrama que *maman* había enviado el día anterior desde Marsella al hermano de papá, el tío Charles (todavía se podían enviar telegramas dentro de Francia), habían vuelto a coger un taxi, esta vez hasta el piso de Charles y Paulette. El barco había estado abarrotado de gente, tanto de regreso como recién llegada, que huía de Francia para alojarse con parientes en Argelia o quizá incluso sin contactos, porque todos se habían enterado ya a esas alturas de la rapidez con que los

alemanes avanzaban hacia París. Cuando hacía cola en la cafetería del barco, oyó a una mujer que decía:

–No creo que nuestro ejército esté preparado –y cómo su compañera la hacía callar:

–Ni se te ocurra pensar eso. No tenemos más remedio que derrotarlos.

–Entonces, ¿qué hacemos en este barco? –quiso saber la primera mujer.

–Cállate –volvió a decir la otra–. Yo tomaré el pescado. ¿Y tú?

Había vuelto a ver a las dos mujeres en la cola del taxi, la primera cargada con una gran sombrerera cilíndrica como si se encaminara a una boda. La última imagen que tuvo de ellas fue la de sus voluminosos panderos cuando subían al asiento trasero de un gran coche negro.

A su llegada al piso, les abrió la puerta el primo Jacky, un chico solo un poco mayor que François (dieciocho meses, resultó), con pecas y un remolino en el pelo negro y graso. Tenía cierto parecido con un mono. Al principio abrió la puerta solo un poco, como receloso, pese a que sabía por lo visto quiénes eran.

–*Maman* –llamó dirigiéndose al interior sin volver la cabeza–, son los primos. Los primos de papá.

–Que pasen, que pasen –les llegó una voz desde el fondo de la casa, pero el niño mono se quedó un momento mirándolos de arriba abajo, sin moverse, como si pudieran ser ladrones, observando con particular suspicacia a François. Solo cuando su madre apareció a sus espaldas, secándose las manos con un paño de cocina, dio un paso atrás y se hizo a un lado para dejarlos entrar.

El apartamento parecía pequeño en comparación con la casa de campo de Salónica o el piso de Beirut, con unas paredes que se cernían en torno a ellos, un efecto al que contribuían aún más los suelos de baldosas hexagonales de un rojo intenso en lugar de mármol claro. Tata Paulette los condujo por un corto pasillo hasta la sala de estar, donde François tuvo la impresión de que reinaba la penumbra y el desorden, inte-

rrumpidos por una franja de luz deslumbrante en el suelo que proyectaba el sol más allá del balcón. De hecho, las persianas metálicas se habían bajado para impedir que entrara, pero no del todo; de ahí su exuberante incursión.

Paulette, una mujer rechoncha y con gruesas gafas, los besó enérgicamente a todos en las mejillas, incluida Poupette, que se retorció. Luego sujetó la barbilla de la hermanita de François durante un segundo.

—¿A quién se parece esta? El niño es clavado a ti y a su padre, claro; pero ¿y esta?

—Se parece a sí misma —respondió *maman* con una sonrisa, pero François se percató de que Tata Paulette no le caía bien. No mucho.

Era consciente de que Jacky acechaba a sus espaldas en la puerta; cuando se volvió, lo vio allí, balanceándose en el umbral y mirándolo fijamente pero sin sonreír.

—¿No os ha llegado mi telegrama? —preguntó *maman*, sin saber si sentarse o no. En Marsella le habían dicho que se entregaría en mano; pero quién sabía, en esos tiempos. Tata Jeanne, agotada, se sentó sin que nadie se lo indicara; luego lo hizo Tata Paulette y finalmente *maman*. Poupette se acercó para sentarse a su lado, tan cerca como un cachorro. François se quedó solo y de pie en el centro de la habitación.

—Sí, sí, el telegrama llegó ayer. Es solo que no... —Tata Paulette miró a su hijo sonriente y le espetó—: No te quedes ahí como un pasmarote. Ve a preparar café para los viajeros. ¿Dónde están tus modales? —Se volvió hacia *maman* con una sonrisa falsa—. Estamos un poco alterados, eso es todo.

—Sí, según dicen las noticias...

—No, no se trata de eso. —Miró a François y luego a Poupette, que se enroscaba la trenza—. Los niños podrían ir a ayudar a Jacky a preparar el café —sugirió.

—Por supuesto —repuso *maman*, y les indicó por señas que se fueran, pese a que era una sugerencia absurda porque ninguno de los dos sabía hacer café.

François asió a su hermana de la mano y siguieron el sonido del molinillo de café hasta la estrecha cocina, donde Jacky no pareció sorprenderse al verlos.

–Conque sois los niños elegantes de la Marina –dijo por encima del hombro–. Pues qué emocionante.

–¿Perdona?

–¿De dónde era que veníais?

–De Grecia –respondió François–. De Salónica. Está en Macedonia, a tres trenes y un barco de aquí. –Poupette se limitó a mirar al chico.

Jacky dio golpes con el molinillo contra la cafetera para verter todo el café. Lo hizo de forma casi vengativa.

–¿Y ahora habéis vuelto a casa justo a tiempo para la guerra?

–Espero que no –contestó François–. Espero que no haya guerra.

–Ya hay una guerra en marcha, tonto. Y Francia está metida en ella. Y estamos perdiendo, por si no te has enterado. –Jacky puso la cafetera sobre el fogón y abrió el gas, que prendió con un resoplido. Poupette se estremeció–. Pues no parece que nuestra preciosa Armada sirva de gran cosa, ¿eh?

A François no le gustaba aquel chico, como le pasaba a *maman* con la madre de Jacky. La había oído referirse a Paulette como una «*pièce rapportée*», lo que significaba que no era en realidad de la familia, sino un elemento llegado de fuera. También se enteró de que era la segunda mujer de tío Charles y de que este, maestro de escuela, había perdido a su primera esposa a causa del llamado «mal de Pott» (pobre tipo, pero el nombre tenía su gracia) y se había casado con Paulette años atrás, antes de que él naciera. Nadie mencionaba que fuera una segunda esposa, lo sabía, pero a su modo de ver, implicaba que el tío Charles no había amado a la primera lo suficiente como para mantenerla con vida; y entonces, ¿cómo podía querer de verdad a la segunda? Y Jacky, ese niño tan mezquino, quizá era así porque las circunstancias de su nacimiento fueron, por tanto, desafortunadas. François sabía que Charles había teni-

do toda una familia anterior, con tres o cuatro hijos tal vez, ya mayores. Uno de ellos al menos estaba en París. François creía que había elegido a Paulette por encima de sus hijos, algo que le parecía casi un crimen. El padre de papá y Charles también había abandonado a su familia, cuando papá tenía la misma edad que François en ese momento. Charles era el hermano mayor, le llevaba diez a su padre, pero eso no era excusa para nada: sabía qué efecto había tenido en la abuela y papá que el abuelo se marchara (nunca pronunciaban su nombre), y comprendía por lo tanto que era algo muy, muy malo. Y eso seguramente convertía de algún modo a Jacky y a su madre en parte de un acto casi criminal.

—¿Eres católico? —quiso saber François. No supo decir por qué lo preguntaba, salvo que sería importante para sus padres.

—Soy comunista —respondió él—, como mi padre. No creemos en la religión, es una gilipollez.

François no dijo nada durante un rato, pero Poupette soltó un grito ahogado.

—Se lo contaré a *maman* —dijo—. Eso que dices es terrible.

—Cuéntale a tu madre lo que te dé la gana. —Jacky puso con estrépito las tazas de café en una bandeja y añadió—: Mocosa.

Habían pasado una sola noche con Tata Paulette y Jacky. El tío Charles no estaba. François dedujo que el tío había hecho algo malo con una mujer (había oído a hurtadillas cómo Tata Paulette mencionaba a «*cette garce*») y ahora no le permitían vivir en la casa. Estaban librando su propia guerra. Tras aquella primera noche, *maman* los llevó a casa de las *cousines* Brelloux, tres ancianas con las que también tenían alguna clase de parentesco, pero tan viejas que él no acababa de entender cuál era: no las llamaban «Tata», así que no eran tías; eran primas, ¡pero auténticos vejestorios! ¿De quién podían ser primas? Las tres ancianas criaturas vivían en un piso mucho mayor que el de Tata Paulette y Jacky, con todo cubierto por tapetes de

blonda blancos y planchados: las mesas, las sillas, el sofá, y donde la atmósfera era tranquila como en una iglesia. Y al igual que una iglesia, olía a cera para el suelo. Él y Poupette se esforzaban en portarse bien, pero cuando solo llevaban allí una semana, François se puso a perseguir a su hermana por la sala de estar, ambos luchando por no soltar chillidos (la interminable hora de la siesta ya tocaba a su fin y las hermanas estaban en sus dormitorios), y ella le dio un golpe a una lámpara de porcelana de la mesa auxiliar y la hizo caer. Se rompió en mil pedazos.

*Maman* rara vez les gritaba. Aunque aquella tarde tampoco lo hizo, se puso muy seria mientras recogía los fragmentos con la escoba y la pala.

—¿Tenéis alguna idea, niños? ¿Tenéis idea de lo que habéis hecho? François, esperaba más de ti.

Decepcionar a mamá era lo peor. No tenían noticias de papá: ¿Seguía en Salónica? ¿Estaba en otra parte? ¿Iba a reunirse con ellos o en dirección contraria? Y como papá no estaba allí, François era, según las instrucciones que él le había dado, el hombre de la casa. Su tarea consistía en cuidar de *maman*, y había fracasado.

Pero no entendió qué había querido decir ella exactamente hasta dos días más tarde, cuando, bajo la mirada compungida pero firme de la mayor de las primas Breloux, volvieron a hacer las maletas, esta vez para dirigirse a la estación de autobuses y subir a uno abarrotado con destino a Larbaâ. François tuvo que sentarse en las rodillas de Tata Jeanne, sin haber apenas entre su regazo y el asiento de delante, encajado entre la ventanilla sucia y un hombre gordo y sin afeitar junto al pasillo, con unos muslos que parecían a punto de reventar las costuras de los pantalones y que olía tanto a sudor que Tata Jeanne se tapó media cara con el pañuelo, empapado en agua de colonia, y François respiró por la boca durante todo el trayecto.